

Pequeños condenados a su tamaño



Esteban Gil Giron*

Una de las debilidades tradicionales de los partidos pequeños ha sido su histórica incapacidad de remontar diferencias y mancomunarse en causas que lo ameriten, algo que podría permitirles alcanzar juntos la gravitación que por separado ninguno tiene.

Una desconfianza agazapada pareciera pautar con frecuencia sus relaciones, y buena parte de ellos prefiere ir a lo seguro, administrar su propia parcela y la deuda política, cuando ésta existe, que afrontar el riesgo de alianzas que tienen por inciertas.

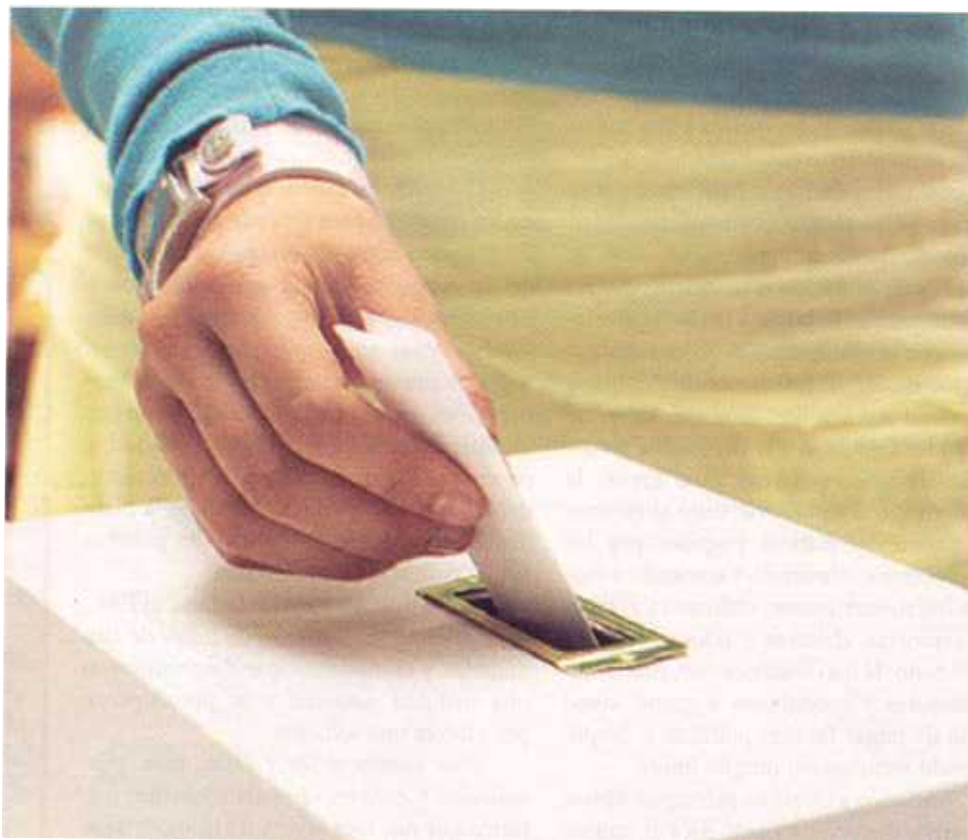
Restauración de la plutocracia. También los afecta una infausta decisión del Tribunal Supremo de Elecciones relativa a las televisoras, cuyo efecto deja en manos de banqueros y encuestadoras su destino, hecho que vendrá a multiplicar la irrupción de dineros privados en asuntos públicos.

Para satisfacción de algunos nostálgicos, asistimos entonces a la restauración de la vieja plutocracia, que feliz y acicalada, hoy galopa de nuevo.

Pero más allá de sus flaquezas y tribulaciones, ese grupo variopinto de movimientos despierta alguna simpatía, al menos en quien suscribe, dado que pulso en ellos un romanticismo larvado que muchos asumíamos desterrado de la vida política.

Hablo de gente que aún tiene los sueños vivos y las esperanzas intactas, a quienes habría que adjudicarles el mérito adicional de no estar contaminadas por el ejercicio del poder, observación ésta que podría asemejar a una "obviedad", como diría Borges, pero en todo caso no exenta de sentido porque explica muchas cosas.

Lo cierto es que una vez más las expectativas de los pequeños quedan reducidas a



un plano municipal y legislativo, donde al final del camino los aguarda la disyuntiva de siempre: ser cabeza de ratón o cola de león. Atenerse a lo primero pasa por defender ideas, empujar proyectos realmente potables a las grandes prioridades nacionales, lo que en alguna medida lleva a combatir las decisiones mecánicas de las mayorías automáticas, tan ajenas como son al verdadero espíritu parlamentario.

Apostar a lo segundo implica pecar de obscuros y matricularse en el "club de las turecas" a cambio de las prebendas de siem-

La posible suerte de cada uno. El desplome del PUSC genera cierta inercia interior, una dinámica que difícilmente podrá ser frenada por la postulación tardía del señor Fishman, a quien el grueso de la gente divisa como un político tradicional. Al margen de los empeños de don Luis y sus ocurrencias, la realidad es que acontecimientos de reciente data y dominio público han sellado la suerte de su partido, y me temo que eso no tiene remedio.

La reciente coalición del Partido Integración Nacional, la Alianza Patriótica y el PAC es, más allá de los números, un acto de

sensatez política. La Alianza Patriótica, como nadie ignora, nació con problemas, sus asambleas fueron sangrientas y dejaron secuelas lamentables, lo que lastró desde el principio la posible suerte electoral de Rolando Araya. El PIN, un partido humanista por definición, ha venido siendo liderado por un hombre de una sólida contextura moral como el Dr. Walter Muñoz, quién, ciertamente, merece mejor suerte electoral de la que hasta ahora ha tenido. Su eventual retorno a la Asamblea contribuiría a restañar el alicaído prestigio Legislativo.

El Frente Amplio ha decidido seguir por su cuenta y riesgo.

El señor Trejos postula en esencia la recuperación del Estado social de derecho y todo lo que viene por añadidura, así como también promueve una reforma fiscal que lleve del 14 actual al 20% la carga tributaria.

Aunque a la larga su planteo queda reducido a la reivindicación de los discapacitados, el mensaje del PASE irradia franqueza y llega a la gente. Es posible que el señor López, un hombre de discurso duro y juicios tajantes, pueda a través de algunos de sus compañeros de causa prolongar la presencia legislativa de su agrupación.

La señora Mayra González luce una ficticia candidatura presidencial y un segundo lugar por San José que está en la cola de un venado. Ella pertenece al partido Renovación Costarricense, una organización a la que no se le conocen ideas, posiciones ni planteos concretos, solo las ganas de su dueño para retornar a la Asamblea y volver a las andadas con la sempiterna intención de trasmutar la influencia que ejerce sobre sus fieles en poder contante y sonante, al mejor estilo de don Guyón, que es de otro partido pero que de esas vainas sabe un montón...